

Dos romances recogidos por tradición oral en Sanlúcar de Barrameda

Hace años escribí la melodía de un par de romances que un buen día mi madre me cantó, mientras me contaba historias de su infancia. Preguntándole resultó que ella los había aprendido de niña, de boca de una vecina suya, ya anciana, que le cantaba desde su azotea en la plaza de San Roque, mientras ella regaba y arreglaba los claveles. Aquella conversación con mi madre, que más que charla me pareció un documental hecho con pedazos de películas viejas, estuvo repleta de sorprendentes hallazgos. Resulta que mi madre, nacida en 1941, desplegó ante mí un verdadero retablillo multimedia.

El espectáculo incluía desde el tarareo enloquecido del *Sitio de Zaragoza*, tocado en el quiosco de la Calzada bajo la batuta de don Julián Cerdán, al estribillo de las *Coplas a Jesús Cautivo* de Fernando Espinar, interpretadas cada cuaresma en el quinario celebrado en la vecina iglesia de los Desamparados. Proseguía la función con mis abuelos yendo al destruido Teatro Principal a escuchar zarzuela, cada temporada de invierno, acompañados por sus hijos mayores y sus novias, y con mi tío Manolito cantando en casa fragmentos de Doña Francisquita, mientras se afeitaba y sonaba al otro lado de la pared el piano de la vecina de la casa de junto, o la radio emitía canciones y marchas fascistas.

Continuaba mi madre con una canción sobre los Infantes de Orleans-Borbón y la casa de maternidad, cuya letra mencionaba a la señorita Consuelo, el ama de llaves del palacio, don Segundo, el médico pediatra, y don Ramón, el ginecólogo. Maternidad, había sido en origen una obra benéfica de la Infanta Beatriz para las miserables parturientas de la posguerra. Ubicada en una antigua casa de cargadores a Indias, su compra fue sufragada gracias a las joyas de su madre, María Alexandrovna de Rusia (que dio nombre a las famosas galletas), alhajas que habían sido secuestradas durante la Revolución rusa y que tras décadas pudo recuperar su heredera. El destino de muchos sanluqueños, entre los que me encuentro, está ligado de alguna manera a aquellas joyas de la Romanov.

Se prolongaba la narración con el pianillo, que con sus alegres melodías recorría todo el entorno de la Plaza de Abastos, resonado en las casas de mala vida del callejón del Truco, combinándose con los corros de niños jugando al baile de la Carrasquiña, el puesto donde se hacían y se pregonaban con aire pícaro los adoquines y las arropías (*la llevo larga y retorciá*), y la visita de los “los húngaros”, unos forasteros que con frecuencia llevaban a la plaza San Roque su espectáculo, propio de la literatura de pliego de cordel, con romances de ciego y retablos ilustrativos.

Contrastando, el clima lánguido de las tardes al fresco en la casa puerta, donde a veces se bailaban sevillanas y fandangos, estos últimos aprendidos a cantar y a bailar por mi madre a través de su madrina, su tía Joaquinita, rociera de toda la vida, como su hermano Antonio, soltero y perdido para siempre en Francia durante la Guerra y que había sido pitero de la hermandad del Rocío. Tras aquello su madre no volvió nunca más a la aldea almonteña, conservando durante años el pito y el tamboril colgados en su casa, como el salmo alusivo al pueblo de Israel en Babilonia, parafraseado por San Juan de la Cruz y musicado por Verdi en su *Va', pensiero* (*y colgué en los verdes sauces / la música que llevaba, / poniéndola en esperanza / de aquello que en ti esperaba*.)

Los episodios de la infancia de mi madre, que por momentos mi hicieron parte de un exuberante, gracioso e ingenuo paisaje, continuaban con otras tradiciones antiguas, como las serenatas que hacían por encargo tres o cuatro músicos de la banda, con motivo de la onomástica de algún familiar, presentándose a las tres o a las cuatro de la mañana, sorprendiendo a todos los vecinos, que nunca se quejaban, pues a todos encantaba la novedad del acontecimiento, en el monótono silencio de aquellas largas noches, salpicadas muy de vez en cuando con la serenata de algún pretendiente integrante de la rondalla de Pepe Lareu y anualmente por el tamborilero, que en torno a un mes antes del Rocío se

dirigía a la casa de los escasos hermanos de entonces, tocándoles el toque del Alba (hoy horriblemente convertido en la *Salve Rociera*) o el toque de la entrada en la aldea.

Desde luego que eran tiempos “mas tranquilos que las tarantas del Quija”, como también dice mi madre, refiriéndose al hombre que con su canasto lo mismo vendía que cantaba. Tengo la sensación que mi madre podría estar días enteros contando los mismos episodios, aportando en cada ocasión nuevas y jugosas anécdotas. Posiblemente ya estén recogidas en algún cancionero forastero, vete a saber, pero me temo que pocas veces tendré la oportunidad de hablar de tradición oral en Sanlúcar de Barrameda, así que quisiera compartir con ustedes al menos las hermosas y emotivas tonadas de estos dos romances.

Conde Niño por amores

Según lo canta mi madre

Con-de Ni-ño por a-mo-res _____ es ni-ño y pa-só la mar: _____

vaa dar a-guaa su ca-ba-llo la ma-ña-na de San Juan.

Romance de Gerineldo y la Infanta

Según lo canta mi madre

Ge-ri-nel-do, Ge-ri-nel-do, pa-je del rey más que-ri- _____

do, quién te tu-vie-raes-ta no-che en mi jar-dín flo-re-ci-do.

Antonio Manuel Romero Dorado
3 de junio de 2012